

LAS BIENAVENTURANZAS, UN PLAN DE VIDA CRISTIANA

Mensaje de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el sexto domingo durante el año (11 de febrero de 2007)

La liturgia de este domingo nos pone frente al tema de la "esperanza cristiana", virtud teologal infundida por Dios en nuestra alma el día de nuestro bautismo; si el amor es la culminación de la fe, la esperanza es la prolongación del amor.

La esperanza cristiana es la expectativa del cristiano frente a la vida y encierra una riqueza magnífica, porque nos hace esperar con confianza en quien dio la vida por nosotros. El Profeta Jeremías nos dice "bendito quien confía en el Señor" (Jer. 17, 7)

La esperanza cristiana nos lleva a poner toda nuestra confianza en aquel "que nos amó hasta el fin" y que prometió estar con nosotros hasta el final de los tiempos; por lo tanto los cristianos no podemos poner toda nuestra confianza ni en nosotros mismos, ni en otros hombres ni en las cosas puramente materiales.

La esperanza cristiana se arraiga en Cristo y en Él resucitado. Si se arraiga en nuestra vida y en esta vida termina, nosotros somos los hombres más desgraciados. La esperanza cristiana va mucho más allá de los límites de la vida terrena y alcanza la eterna.

La resurrección de Cristo le ha dado al hombre el derecho de que un día participe de su resurrección y pensar en esto eleva el alma hasta límites impensados. ¿Los cristianos hemos pensado en esto? La angustia y la desesperación en la que caemos muchas veces son contrarias a la esperanza cristiana y esto porque no hemos tomado conciencia de lo que mora en nuestra alma como una virtud.

La felicidad eterna supera los límites de la felicidad humana. No está en contra de ella, pero no quiere que el hombre asiente toda su vida en las cosas pasajeras.

En este domingo, Cristo nos habla de las bienaventuranzas y, con este espíritu, se han de entender. Estas bienaventuranzas exceden cualquier perspectiva de seguridad y felicidad terrena. Repito, Jesús no está en contra de esta felicidad, pero no quiere que anclamos en ella toda nuestra vida.

Con las bienaventuranzas Jesús ha cambiado la valoración de las cosas humanas; ellas nos hacen mirar al corazón del hombre frente a lo divino y sobrenatural. No se quedan en el dolor o el placer inmediato y transitorio, sino según el gozo futuro. Son ellas un plan de vida para el cristiano, un camino que ha de recorrer para ganar la vida eterna. Ellas están cargadas de la esperanza futura del Reino de Dios. "Dichosos los pobres, los que tenéis hambre, los que lloran, los que son odiados por los hombres" (Lc. 20, 22) No son estas realidades las que hacen dichosos a los hombres ni le dan derecho al Reino de Dios, sino la aceptación de estas privaciones y sufrimientos en Dios. Cuando el hombre carente de seguridad y de felicidad terrena se abra más a la confianza en Dios y en Él ponga su esperanza. "Bendito quien confía en el Señor y pone en Él su confianza" (Jer. 17, 7) Los hombres tenemos la tentación de apegarnos a los bienes temporales y

poner toda nuestra confianza en ellos y en ellos poner nuestro corazón y nuestra esperanza. El reino de la tierra le basta hasta el punto de que el Reino de Dios no tiene para el sentido.

Las bienaventuranzas del Señor se ofrecen a todos los hombres, pero, solamente los hombres no indiferentes a Dios –y desprendidos de sí mismos y de los bienes terrenos– son capaces de conseguirlas. De otra forma, frente a la adversidad tienen el peligro de la angustia y la desesperación. Dios nos llama a poner toda esperanza y confianza en Él, y en Él la seguridad de nuestra vida y corazón.

Que la Virgen madre de la esperanza cristiana nos ilumine y, como ella, nos haga poner toda nuestra confianza en Él.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú